LIBROS

COMENTARIOS A LA HISTORIA DE COSIO VILLEGAS

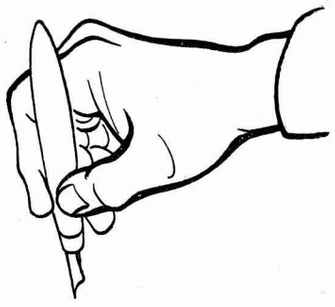
Por Jorge Fernando ITURRIBARRIA

ACABA de "salir a la calle" el primero de los seis volúmenes de la *Historia Moderna de México*, de don Daniel Cosío Villegas, pulcramente impresa por la Editorial Hermes, con cerca de mil páginas, excelentes ilustraciones y material que, si no puede considerarse siempre como de primera mano, ha sido aprovechado con ventaja gracias al método empleado por el autor, secundado por el cuerpo de colaboradores del Seminario de Historia Moderna de México, que dirige.

El primer volumen publicado se refiere a la vida política de México durante la restauración de la República, en el decenio 1867-1876, lapso importante, enfocado en ese aspecto, porque durante él ocurren sucesos de gran interés nacional, como son principalmente, los en realidad, primeros intentos de acomodar la vida política del país a la doctrina de la Constitución de 1857 y a las disposiciones de orden general implicadas en ella; luego, lo que el autor llama "cavilación sobre la paz" y, finalmente, la discordia civil encendida por las aspiraciones presidenciales del general Díaz, que toman cuerpo, primero, en el fallido intento de la revuelta de La Noria, en 1871, y cinco años más tarde, en el plan de Tuxtepec, que culmina con la batalla de Tecoac.

Jamás había pasado México por una doble lucha como la que, primero intestina, y más tarde librada contra una poderosa potencia extranjera, abarca el período que se conoce como la gran década nacional, de 1857 a 1867, año, este último, de la restauración de la República. El país salía empobrecido de esta larga y agotante empresa, pero moralmente fortalecido por el triunfo del programa reformista y por la resonante victoria de la soberanía nacional contra la Intervención Francesa y el Imperio. Reestructurada jurídicamente la nación por el estatuto de 57, que le garantizaba una vida normal orgánica, a base de libertades políticas, públicas e individuales, y segura de haber liquidado el intervencionismo extranjero de Europa, México esperaba, optimista, gozar de los frutos de la paz, y se sentía encarrilado firmemente hacia el porvenir.

Pero pronto el pasajero optimismo se torna en duda y pesimismo cuando, al aproximarse la función electoral, comienza a romperse la armonía del partido liberal, y el grupo minoritario, pero agresivo del Congreso, inicia su política de



censuras, secundado por la prensa de oposición, y luego, cuando, poco más tarde, se rompe la paz con los brotes rebeldes de Yucatán, Sinaloa, Puebla, Tabasco, Tamaulipas y Nuevo León.

La necesidad imperiosa que siente el gobierno de recurrir, apenas restablecido y vigente de hecho la Constitución, a las facultades extraordinarias, para enfrentarse a la agitación armada, al robo y al plagio consiguientes, constituye, tan pronto, una dura prueba para la Carta Magna, con la suspensión de las garantías individuales, la leva y el aumento de las partidas destinadas al presupuesto de guerra.

Son numerosos los capítulos de la obra que, bajo el rubro genérico de "El relajamiento constitucional", destina el autor a glosar las sesiones del Congreso general, en que se debate, con gran consternación de los diputados, la iniciativa de Juárez, porque ella implica la suspensión del orden constitucional, cuando apenas el país parecía comenzar a gozar de los frutos de la paz. Los oradores del pro y del contra, o bien, aquellos que buscan soluciones compatibles con una vigencia constitucional sin graves interrupciones, son todos, o casi todos, brillantes oradores y entendidos juristas, o ambas cosas, pero siempre hombres patriotas y celosos guardianes de la ley fundamental, en la que han puesto todas sus complacencias.

Sin embargo, hay saludables síntomas: la prensa goza de una libertad sin precedente, el Congreso es una tribuna de civismo en acción, con hombres incapaces de admitir la mordaza —ni menos Juárez de imponerla—; una gran parte de la lucha, rescatada del campo armado, se libra dentro del Parlamento, lo que demuestra que sí había representación nacional y que ésta interpretaba, en buena parte, la opinión pública expresada sin cortapisas. Se impone la pregunta: ¿iba México hacia el régimen parlamentario, que el gobierno personal del general Díaz canalizaría hacia otros rumbos?

"El problema —dice Cosío Villegas— es averiguar ahora si esa época, a lo largo de toda ella y al concluir, llevaba un rumbo ascendente o descendente, si era una aurora que presagia el nuevo día pleno de luz, o si, a la inversa, tratábase de un ocaso cuyo término natural era la sombra de la noche.

"En la forma —afirma— los hechos relatados en este capítulo parecen indicar más bien lo segundo que lo primero; y en el fondo, la opinión contemporánea, con poquísimas excepciones y la opinión histórica, sin ninguna, apuntan, afirman o juran lo mismo."

Poco o nada se conocía, antes de la aparición de este volumen de nuestra historia parlamentaria durante la restauración de la República, y menos, naturalmente, se había podido llegar a un resultado de interpretación equidistante de partidos y banderías, en forma tan juiciosamente aquilatada, al través de minuciosos glosas de la actividad legislativa y de los comentarios de prensa, excepcionalmente valiosos como elementos de orientación para el historiador, por la libertad absoluta con que podían escribirse estos juicios y, luego, defenderse.

En términos generales, la época de 1871 a 1872 ya nos era conocida, en sus aspectos político y militar, escrita por el propio don Daniel y contenida en su libro reciente: "La revuelta de La Noria".

Pero la que sigue después del interinato de Lerdo, ya muerto Juárez y que culmina con el Plan de Tuxtepec, aun no se había escrito con absoluta imparcialidad y con tan buen y tan depurado acopio de información. Sin embargo, tan densa cortina de humo se echó durante el porfiriato en torno de algunos sucesos —la identificación y fecha del primer Plan de Tuxtepec, después reformado en Palo Alto; las misteriosas andanzas del general Díaz, yendo y viniendo de Sur a Norte y de Norte a Sur y, finalmente, los elementos cuya concurrencia decidió la victoria del caudillo tuxtepecano en Tecoac— que el propio autor, tan metido en minuciosas y exhaustivas investigaciones, confiesa que todavía existen situaciones no suficientemente aclaradas.

Y es que la versión de los historiadores del régimen se calcó sobre la información oficial, con el propósito de no contrariarla; más tarde, ya contemporáneamente, ocurrió que nadie volvió a ocuparse *in extenso* de una revuelta que, por una parte, vista desde el ángulo de los intereses políticos actuales, le había franqueado el poder a los hombres derribados por la Revolución de 1910 y, por la otra, vista desde el ángulo de la historia militar de México — sólo fragmentariamente escrita— en realidad, carece de verdadero interés. Lo tiene más para la historia local de Oaxaca, pues no deja de resultar impresionante que un improvisado caudillo militar, como lo fué Fidencio Hernández, haya podido poner en pie de guerra un ejército de cuatro mil hombres, todo salido de Oaxaca, y vencer con él en "El Jazmín", Coixtlahuaca y Yanhuitlán a las fuerzas federales de Lerdo, comandadas por el más prestigiado de sus jefes, el general Ignacio Alatorre. En realidad, las únicas grandes victorias militares de los tuxtepecanos fueron las sorpresivas de la Mixteca y la no menos sorpresiva de Tecoac, ganada esta última gracias a la oportunidad con que el general Manuel González llegó a decidirla con sus cuatro mil soldados, cuando aún la suerte de la acción estaba indecisa, pero más inclinada del lado de Alatorre.

Según el autor, las causas del desastre de Tecoac, se debieron a diversos factores, varios de ellos imputables a los dos sucesivos Ministros de la Guerra del presidente Lerdo, los generales Mejía y Escobedo y al mismo Lerdo, que jamás creyó que las elecciones para poderes federales de 1876 pudieran acarrear tan graves consecuencias. A Lerdo también se atribuye que, contra la advertencia del general Mejía, hubiera mandado reducir el ejército, y luego la imprevisión de no prepararse económicamente para arrostrar la crisis política. A Mejía se le reprochó no haber considerado ni atendido la recomendación del general Alatorre para que se despachara a Tuxtepec una fuerte guarnición, y para que no se movilizara, en vísperas de la revuelta, la fuerza federal destacamentada en la ciudad de Oaxaca —que fué llevada inopinadamente a Chiapas— o

para que, cuando menos, el relevo se cubriera con un batallón de la confianza de Alatorre.

Por otra parte, Alatorre se quejó de que no se le confirió plenamente la dirección militar de la campaña, sino sólo de escasas fuerzas en una zona limitada al puerto de Veracruz y Tehuacán, y que sus movimientos le eran ordenados desde México, con lo que su acción tuvo que estar subordinada, razones que lo determinaron reiteradamente a pedir su relevo y hasta su separación del ejército.

Esta obra, siendo tan importante por la aportación de datos desconocidos o de aquellos tendenciosamente soslayados por el porfiriato, como el de la acción decisiva del general González en el resultado de la batalla de Tecoac, lo es aún más por su equidistancia de los partidos y banderías en pugna y, en consecuencia, por el sentido de interpretación de los hechos, que así nos ofrecen juicios serenos e imparciales.

Cierto es que por el tiempo transcurrido, a casi un siglo de distancia, era lógico ya este resultado; pero por muy lógico que fuere, la verdad es que no se había obtenido antes de ahora en una obra de conjunto. Tal vez en aportaciones fragmentarias, que no podían conducir a una visión panorámica.

Y es que, inclusive el esfuerzo realizado a fines del siglo pasado en "México a través de los siglos" y en "México y su evolución social" —obras del partido liberal ya catequizado al porfirismo— ningún otro esfuerzo de gran aliento se había intentado para escribir la historia nacional. Estas obras, a pesar del gran esfuerzo que representan, adolecen del grave defecto de estar influídas por marcadas predisposiciones y prejuicios históricos que durante años se repitieron; cuando no, contrariamente y con un sentido de oposición, otros historiadores trataron de canalizar la opinión pública con marcada tendencia hacia el polo opuesto, convirtiéndose en voceros y adalides del partido conservador.

La organización y forma de elaboración con que actuó el Seminario Moderno de Historia de México, bajo la jefatura de don Daniel Cosío Villegas, pudieron preservarlo de incurrir en iguales errores. Huyendo de los lugares comunes, procedió con técnica científica, dando sólo validez plena al documento auténtico, y actuando con suma reserva en relación al testimonio personal, si éste podía presuntivamente considerarse como parcial, interesado o apasionado, aunque sin desestimarlo como aportación histórica, pero siempre balanceado con otros, o mejor aún, con los de opuesta fuente, todo al través de una revisión minuciosa y exhaustiva del material, para arribar a la máxima aproximación de la verdad relativa que es la historia en la mayoría de los casos. Siempre hay diferencias de matiz en la interpretación del dato, pese a la radical ortodoxia con que el historiador quiera proceder, porque aun eliminado el subjetivismo hasta lo humanamente posible, el hombre no puede despojarse en lo absoluto de sus filias y fobias y, sobre todo, del *parti pris*, del punto de arranque, del ángulo de enfoque desde donde ha de mirar el pasado.

Pero, descontadas estas fallas, implicadas fatalmente en la naturaleza humana, don Daniel Cosío Villegas puede enorgullecerse de haber iniciado, con este primer volumen, una historia de México digna de alternar con las mejores producciones de la historiografía moderna.

HISTORIA DE LA LITERATURA NAHUATL

Por Carlos VALDES

Este segundo tomo viene a completar la magna obra de Garibay K.: la *Historia de la literatura náhuatl.*[1] En este caso, el adjetivo no es gratuito, como la mayoría de los que aplica la crítica mexicana, tan mezquina para reconocer el mérito verdadero, y tan pródiga en elogios para los mediocres. La obra de Garibay K. no es sólo monumental por el gran número de materiales que recuenta, sino también por la manera de ordenarlos, y, sobre todo, por ser la más importante en su género.

Este libro de Garibay K. pone término, para siempre, a varias cuestiones que la literatura náhuatl había suscitado entre los entendidos, y a las más importantes y fundamentales que se refieren a la existencia y al valor de la literatura nahuatlaca. Este segundo volumen, con su acervo de materiales "escritos en lengua náhuatl" invalida la argumentación de aquellos que negaban la existencia de una literatura indiana, por no estar ésta escrita sino en dudosos jeroglíficos, o por conocerse sólo gracias a la tradición oral. El valor ecuménico de esta literatura queda demostrado con el examen directo de las letras indígenas, y por la obra misma del padre Garibay K., si es que aceptamos el dicho común: no puede existir una gran obra crítica, sin una gran obra literaria sobre la cual fundamentarse.

Fusión de géneros y tendencias

La segunda parte de la *Historia de la literatura náhuatl* comprende el período literario, que el autor llama "trauma de la conquista" (1521-1750), o sea, "el examen de la producción en la lengua

náhuatl, ya bajo el influjo, al mismo tiempo destructivo y creador, de la cultura europea".

Los prejuicios hispanistas e indigenistas deforman la verdad histórica, ya subestimando o exaltando el valor de esta literatura. Pero la verdad se sostiene por sí misma; es un hecho: existió una gran literatura indígena, sin influjo europeo, como la china y la indú.

A los frailes franciscanos se debe la supervivencia de esta literatura, ya que por su humanismo simpatizaron con la cultura de los vencidos, como con todas las manifestaciones de su espíritu que no consideraron pecaminosas. Por esto, fomentaron entre los indios el estudio y el gusto por recopilar sus tradiciones: para este objeto, les enseñaron a leer y escribir su propio idioma —en nuestro caso, el náhuatl— que a la vez servía a los frailes para hacer posible la difusión por escrito del catolicismo.

Al examinar de conjunto la literatura nahuatlaca que sufre el influjo europeo resulta que, las antiguas formas conviven al lado de los nuevos temas: "La poesía elaborada para el canto y la danza se mantiene y evoluciona. Los pensamientos, las direcciones, algunas modalidades de expresión son nuevas: el sistema general, la estilística, la métrica misma, persisten idénticas". Lo mismo sucede con los géneros históricos y didácticos, los cuales fueron aprovechados para difundir la doctrina cristiana en los viejos moldes indígenas. En todos los aspectos de la cultura náhuatl existen al mismo tiempo una transposición y una supervivencia. Supervivencia de la emoción y de la manera de pensar antiguas y transposición al modo castellano.

Misioneros etnógrafos

Al descubrirse el Nuevo Mundo, los europeos sintieron gran curiosidad por conocer el modo de vida de esta tierra. Los misioneros fueron quienes, antes que nadie, se destacaron por sus estudios etnográficos sobre América.

Garibay K. toma en cuenta, desde el punto de vista literario, por caer dentro del terreno de este tratado, a los etnógrafos franciscanos más importantes que se especializaron en la cultura náhuatl: Olmos, Motolinía y Sahagún.

El mérito más grande de Andrés de Olmos, aparte de su gramática y libros en idioma mexicano, es haber recogido las pláticas morales y didácticas en un volumen que se titula *Huehuetlatolli.* Olmos tuvo gran influjo entre los escritores de su época. Su método fue seguido por Sahagún: 1) guardar memoria de lo pasado; 2) refutar lo malo y fuera de tino; 3) notar lo bueno y conservarlo, al par de lo que se hace con las cosas de otros gentiles. Este método, propiamente, consistió en examinar los documentos históricos y los jeroglíficos e interrogar a los ancianos conocedores de las cosas del pueblo.

De la obra de Olmos se conocen los siguientes títulos: *Historia de los mexicanos por sus pinturas, Costumbres de Nueva España, Tratado de hechicerías y sortilegios.* La primera aporta, además de una fuerte sugerencia para el futuro historiador, Sahagún, los intentos más antiguos y logrados por guardar las riquezas de las modalidades del pensamiento indígena; aunque escrita en castellano deja entrever los documentos nahuatlacos en que se inspira. La segunda obra de Olmos, posee menos importancia literaria, su mayor mérito es el informativo. *Hechicerías y sortilegios* tiene un verdadero valor por mostrar el carácter de la literatura en lengua náhuatl. Olmos poseía, en grado sumo, este idioma.

El método de investigación de Motolinía es el que se puede llamar clásico entre los etnógrafos franciscanos: estudio de los documentos, e interrogatorio de los ancianos instruídos. De los textos, que él fué el primero en examinar y entender, menciona cinco que son una base sólida para este tipo de investiga-

1 Angel María Garibay, K. *Historia de la literatura náhuatl.* Biblioteca Porrúa, 5. Editorial Porrúa, S. A., 1954. 432 pp.